

JAIME SABINES

VOZ VIVA DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

PRESENTACIÓN

En cada uno de nuestros actos colaboran, funcionalmente, todos los sentidos para formar, con mayor o menor preponderancia de uno de ellos, un haz de comprensión o de adhesión a las cosas. Sin tener que recaer en la vieja teoría de los "tipos" —visuales, auditivos, motores...— es, sin embargo, claro que cada uno de nosotros otorga mayor o menor vigencia a una forma de sentir. Desde Aristóteles se ha destacado la importancia de la vista porque nos coloca a distancia de las cosas, nos enseña sus contornos, y es ya en sí un como modelo sensible de la inteligencia. Pero la vista tiene sus matices. Los colores nos atan a las cosas más que las líneas: un árbol verde entraña mayor carga emocional que el contorno lineal del árbol. La vista nos mantiene a distancia pero hay formas imaginativas de la visión que nos conectan con el mundo para que lo personifiquemos.

Si la vista nos pone en contacto con un mundo —a veces a distancia, otras ya casi por penetración— otros sentidos nos hacen participar en la realidad de las cosas hasta hacerla nuestra, casi corporal, cuerpo de nuestro propio cuerpo. Así sucede, principalmente, con el tacto, el olfato y, ya en nuestra sensibilidad interna, con la cenestesia.

Extrañas palabras, podrán pensar algunos, para iniciarnos a un poeta. No me parece que sean extrañas; me parece que más bien pueden ayudarnos, como coordenadas muy generales, para situar primero históricamente, más tarde para precisar el mundo mismo de Jaime Sabines. No quiero decir con nada de lo que sigue que Sabines deje de *ver* el mundo. Quiero decir que si lo ve es, primeramente, porque interviene en él y lo crea a imagen y semejanza de sus contactos, sus relaciones íntimas con las cosas, las personas, las imágenes mismas.

Hay poetas que *contemplan* el mundo, para situarlo a distancia, para que el mundo sea mundo más allá de ellos. Entre éstos podríamos recordar a Mallarmé, a Valéry, o, entre nosotros, a Jorge Guillén. Son, principalmente, poetas del *ver* y del *mirar*: poetas frente a un mundo pulido, perfecto como una piedra bien lavada. Hay otros

por Ramón Xirau

poetas que intervienen en el mundo para hacerlo suyo. Yo diría que son poetas del cuerpo: corporalizan el mundo y lo asemejan a nosotros mismos, para establecer una relación funcional entre nosotros y la realidad, entre nosotros y esta realidad específicamente corpórea que son los demás. Entre ellos cabría situar a López Velarde —mucho más poeta del cuerpo que de una cierta provincia ideal y remota— y, sobre todo al Pablo Neruda de la primera *Residencia*. *Residir* en la tierra es tenerla y poseerla para que, imagen nuestra, la tierra nos devuelva a nuestro propio cuerpo.

Jaime Sabines se coloca, casi siempre, entre los poetas del segundo género. Para él mirar es ya intervenir corporalmente en la realidad. "He mirado a estas horas muchas cosas sobre la tierra y sólo me ha dolido el corazón del hombre." O, ya más declaradamente corpóreo: "Desde los cuerpos azules y negros que a veces andan por mi alma, / vienen voces y signos que alguien interpreta."

En *La señal*, su primer libro importante, Jaime Sabines lleva a cabo esta necesidad de dar forma humana —personal y corpórea— a las imágenes, para establecer el fundamento de su temática constante: la del amor carnal, la del descubrimiento de la sensualidad y el temor a la muerte como temor a la muerte de la carne, a la muerte de este mundo intervenido por el poeta:

Hay que mirar, tocar, brazos y piernas,
boca, mejillas, vientres,
deshaciéndose en el ácido de la muerte.

La metáfora puede ser una de las formas más evidentes y mágicas de intervención en el mundo, forma de establecer una relación funcional entre el hombre y el mundo, entre el cuerpo y la "carne del mundo" (Merleau-Ponty). Es que si la metáfora separa —sus identificaciones implican siempre una negación— también une y reúne contrarios para hacerlos nuestros, para hacer que cuando intervenimos en las cosas éstas se conviertan en nuestro propio reflejo. También aquí, en Jaime Sabines, ha de predominar sobre lo visto lo sentido por el tacto:

Igual que los cangrejos heridos
que dejan sus propias tenazas en la arena,
así me desprendo de mis deseos,
muero y corto mis brazos,
podo mis días,
derribo mi esperanza
me arruino.

Mundo de deseos que quieren convertirse en realidades, el mundo carnal teme a la muerte —afrenta a la muerte, la vislumbra o la aparta—, por los sentidos más propiamente “corpóreos”:

Amanece la sangre doliéndose
y el cigarro amargo.
La herida de los ojos abierta para el alcohol del sol.
Y una fatiga, un cansancio, un remordimiento de
estar vivo.

El poeta se hace tierra por su cuerpo; y en este hacerse tierra, en este concretarse en cosas que son sus propios estados imaginativos, quiere encontrar su salvación:

¡Ayúdame, Tarumba, a no morirme,
a que el viento no desate mis hojas,
ni me arranque de esta tierra alegre!

Sabines es, hasta este punto, un poeta de la tragedia, si por tragedia entendemos un intento de estar en el mundo carne a carne a sabiendas de que esta carne será un día —es minuto a minuto— ausencia.

Pero si Sabines es un poeta trágico, su tragedia está casi siempre doblada de ternura sensible, de humor sensual y vivido, de no menos carnal ironía. La presencia de esta sensibilidad enriquecida es clara a partir de *Tarumba*.

El poeta habla confidencialmente, en un libro que “es sólo el tiempo / un tiempo mío entre todos mis tiempos / un grano de mazorca”. Tarumba, el hijo todavía no nacido, es el vínculo de todos los comentarios temporales (de vida y de muerte trabadas puesto que entre una y otra hay también fusión: la fusión de una misma tragedia). Al hijo habla Sabines, entre mazorca y mazorca de su tiempo, cuando mira el pueblo natal, este pueblo donde “somos una familia de grillos”. Y el pueblo entre humor y afectos, surge con presencia de cuerpo transparente en la descripción de sus lluvias tibias:

La primera lluvia del año moja las calles,
abre el aire,
humedece mi sangre.
Me siento tan a gusto y tan triste, Tarumba,
viendo caer el agua desde quien sabe,
sobre tantos y tanto.

Del pueblo, de los comentarios “banales” —es decir, comunes— sobre el tiempo, el clima, las vinculaciones entre el cuerpo y la vista y el espíritu hecho cuerpo, surgen las metáforas, el deseo de irse con el hijo “por un subterráneo al mar”, la claridad del “charco del sol guajolote”, el humor de futuros paseos ya casi carnales aunque no natos todavía: “Vamos a andar del brazo, como dos topes amarillos / a ver si el día de los subterráneos nos conduce.”

De vez en cuando en este *Tarumba* alegre y triste, agrio con dulzura, surge la protesta social. Sabines no rehúye las preocupaciones de todos los hombres: la guerra, el horror y la amenaza que cunden por todas las “civilizaciones” de nuestros días. Pero sus oposiciones —y en este punto recuerda Sabines a López Velarde— están entre la vida campestre, la vida pueblerina y provinciana, por una parte y, por otra, la vida mecánica de las ciudades y de las “civilizaciones”, la ciudad que “sólo da recetas para vivir” (*Diario semanario*).

Atado a una conciencia carnal que es no sólo su propio cuerpo sino el de la mujer, del hijo, de los “otros”, del “grano” del mundo, Sabines es profundamente realista. Está convencido de que “la realidad es superior a los sueños”. A través del cuerpo, Sabines poeta natural como pocos poetas de su generación, es capaz de regresar a la “nostalgia de las cosas simples”. Esencialmente modesto, no quiere imponer sus opiniones: “No quiero convencer a nadie de nada... Yo quiero sólo enseñar, dar a conocer, mostrar, no demostrar... ¿Quién es quién para decir: ‘esto es así?’” (*Diario semanario*).

¿Qué muestra sin demostrárnoslo?, ¿cuáles son estas “cosas simples?” Regresemos al principio de esta breve presentación. Las cosas de este mundo son las vivencias del poeta en la carne del mundo. Mundo hecho carne; mundo, como diría Merleau-Ponty, gemelo al de la carne y de la vida:

“Uno lleva consigo, el olor de su tierra, las semillas, las hojas de los árboles, su tierra bajo la piel, la arena y el aire en que ha crecido, el agua bautismal de todos los días.”

Se aceptan el bien y el mal; se acepta el deseo; se acepta la tierra. Jaime Sabines ha hecho del mundo una emocionante floración de nuestras propias encarnaciones. Hay que buscar su poesía en la comunidad por la carne, por el cuerpo y, en última instancia, por un mirar cromático que nos apega al mundo.

POESÍA

CARA I SITIO DE AMOR 17'40"

Sitio de amor, lugar en que he vivido
de lejos, tú, ignorada,
amada que he callado, mirada que no he visto,
mentira que me dije y no he creído:

en esta hora en que los dos, sin ambos,
a llanto y odio y muerte nos quisimos,
estoy, no sé si estoy, ¡si yo estuviera!,
queriéndote, llorándome, perdido.

(Esta es la última vez que yo te quiero.
En serio te lo digo.)

Cosas que no conozco, que no he aprendido,
contigo, ahora, aquí, las he aprendido.

En ti creció mi corazón.
En ti mi angustia se hizo.
Amada, lugar en que descanso,
silencio en que me aflijo.

(Cuando miro tus ojos
pienso en un hijo.)

Hay horas, horas, horas, en que estás tan ausente
que todo te lo digo.

Tu corazón a flor de piel, tus manos,
tu sonrisa perdida alrededor de un grito,

ese tu corazón de nuevo, tan pobre, tan sencillo,
y ese tu andar buscándome por donde yo no he ido:

todo eso que tú haces y no haces a veces
es como para estarse peleando contigo.

de Jaime Sabines

Niña de los espantos, mi corazón caído,
ya ves, amada, niña, qué cosas dijo.

YO NO LO SÉ DE CIERTO...

Yo no lo sé de cierto, pero supongo
que una mujer y un hombre
algún día se quieren,
se van quedando solos poco a poco,
algo en su corazón les dice que están solos,
solos sobre la tierra se penetran,
se van matando el uno al otro.

Todo se hace en silencio. Como
se hace la luz dentro del ojo.
El amor une cuerpos.
En silencio se van llenando el uno al otro.

Cualquier día despiertan, sobre brazos;
piensan entonces que lo saben todo.
Se ven desnudos y lo saben todo.

(Yo no lo sé de cierto. Lo supongo.)

LOS AMOROSOS

Los amorosos callan.
El amor es el silencio más fino,
el más tembloroso, el más insoportable.
Los amorosos buscan,
los amorosos son los que abandonan,
son los que cambian, los que olvidan.
Su corazón les dice que nunca han de encontrar,
no encuentran, buscan.

Los amorosos andan como locos
porque están solos, solos, solos,

entregándose, dándose a cada rato,
llorando porque no salvan al amor.
Les preocupa el amor. Los amorosos
viven al día, no pueden hacer más, no saben.
Siempre se están yendo,
siempre, hacia alguna parte.
Esperan,
no esperan nada, pero esperan.
Saben que nunca han de encontrar.
El amor es la prórroga perpetua,
siempre el paso siguiente, el otro, el otro.
Los amorosos son los insaciables,
los que siempre —¡qué bueno!— han de estar solos.

Los amorosos son la hidra del cuento.
Tienen serpientes en lugar de brazos.

Las venas del cuello se les hinchan
también como serpientes para asfixiarlos.
Los amorosos no pueden dormir
porque si se duermen se los comen los gusanos.

En la obscuridad abren los ojos
y les cae en ellos el espanto.

Encuentran alacranes bajo la sábana
y su cama flota como sobre un lago.

Los amorosos son locos, sólo locos,
sin Dios y sin diablo.

Los amorosos salen de sus cuevas
temblorosos, hambrientos,
a cazar fantasmas.
Se ríen de las gentes que lo saben todo,
de las que aman a perpetuidad, verídicamente,
de las que creen en el amor como en una lámpara de
inagotable aceite.

Los amorosos juegan a coger el agua,
a tatuar el humo, a no irse.
Juegan el largo, el triste juego del amor.
Nadie ha de resignarse.
Dicen que nadie ha de resignarse,
Los amorosos se avergüenzan de toda conformación.

Vacíos, pero vacíos de una a otra costilla,
la muerte les fermenta detrás de los ojos,
y ellos caminan, lloran hasta la madrugada
en que trenes y gallos se despiden dolorosamente.

Les llega a veces un olor a tierra recién nacida,
a mujeres que duermen con la mano en el sexo,
complacidas,
a arroyos de agua tierna y a cocinas.

Los amorosos se ponen a cantar entre labios
una canción no aprendida.
Y se van llorando, llorando
la hermosa vida.

LA COJITA ESTÁ EMBARAZADA

La cojita está embarazada.
Se mueve trabajosamente,
pero qué dulce mirada
mira de frente.

Se le agrandaron los ojos
como si su niño
también le creciera en ellos
pequeño y limpio.
A veces se queda viendo
quién sabe qué cosas
que sus ojos blancos
se le vuelven rosas.

Anda entre toda la gente
trabajosamente.
No puede disimular,
pero, a punto de llorar,
la cojita, de repente,
se mira el vientre
y ríe. Y ríe la gente.

La cojita embarazada
ahorita está en su balcón
y yo creo que se alegra
cantándose una canción:
"Cojita del pie derecho
y también del corazón."

EN LA ORILLA DEL AIRE . . .

En la orilla del aire
(¿qué decir? ¿qué hacer?)
hay todavía una mujer.

En el monte, extendida,
sobre la yerba,
si buscamos bien:
una mujer.

Bajo el agua, en el agua,
abre, enciende los ojos,
mírala bien.

Algas, ramas de peces,
ojos de náufragos,
flautas de té,
le cantan, la miran bien.

En las minas, perdida,
delgada, sombra también,
raíces de plata oscura
le dan de beber.

A tu espalda, en donde estés,
si vuelves rápido a ver
la ves.

En el aire hay siempre oculta
como una hoja en un árbol
una mujer.

PEQUEÑA DEL AMOR

Pequeña del amor, tú no lo sabes,
tú no puedes saberlo todavía,
no me conmueve tu voz
ni el ángel de tu boca fría,

ni tus reacciones de sándalo
en que perfumas y expiras,
ni tu mirada de virgen
crucificada y ardida.

No me conmueve tu angustia
tan bien dicha,
ni tu sollozar callado
y sin salida.

No me conmueven tus gestos
de melancolía,
ni tu anhelar, ni tu espera,
ni la herida
de que me hablas afligida.

Me conmueves toda tú
representando tu vida
con esa pasión tan torpe
y tan limpia,
como el que quiere matarse
para contar: soy suicida.

Hoja que apenas se mueve
ya se siente desprendida:
voy a seguirte queriendo
todo el día.

LOS HE VISTO EN EL CINE . . .

Los he visto en el cine,
frente a los teatros,
en los tranvías y en los parques,
los dedos y los ojos apretados.
Las muchachas ofrecen en las salas oscuras
sus senos a las manos

y abren la boca a la caricia húmeda
y separan los muslos para invisibles sátiros.

Los he visto quererse anticipadamente, adivinando
el goce que los vestidos cubren, el engaño
de la palabra tierna que desea,
el uno al otro extraño.
Es la flor que florece
en el día más largo,
el corazón que espera,
el que tiembla lo mismo que un ciego en un presagio.

Esa niña que hoy vi tenía catorce años
a su lado sus padres le miraban la risa
igual que si ella se la hubiera robado.

Los he visto a menudo
—a ellos, a los enamorados—,
en las aceras, sobre la yerba, bajo un árbol,
encontrarse en la carne,
sellarse con los labios.
Y he visto el cielo negro
en el que no hay ni pájaros,
y estructuras de acero,
y casas pobres, patios,
lugares olvidados,
Y ellos, constantes, tiemblan,
se ponen en sus manos,
y el amor se sonríe, los mueve, les enseña,
igual que un viejo abuelo desengañado.

A ESTAS HORAS, AQUÍ

Habría que bailar ese danzón que tocan en el cabaret de
abajo,
dejar mi cuarto encerrado
y bajar a bailar entre borrachos.
Uno es un tonto en una cama acostado,
sin mujer, aburrido, pensando,
sólo pensando.
No tengo "hambre de amor", pero no quiero
pasar todas las noches embrocado
mirándome los brazos,
o, apagada la luz, trazando líneas con la luz del cigarro.
Leer, o recordar,
o sentirme tufo de literato,
o esperar algo.

Habría que bajar a una calle desierta
y con las manos en las bolsas, despacio,
caminar con mis pies e irles diciendo:
uno, dos, tres, cuatro . . .
Este cielo de México es obscuro,
lleno de gatos.
con estrellas miedosas
y con el aire apretado.

(Anoche, sin embargo, había llovido,
y era fresco, amoroso, delgado.)
Hoy habría que pasármela llorando
en una acera húmeda, al pie de un árbol,
o esperar un tranvía escandaloso
para gritar con fuerzas, bien alto.
Si yo tuviera un perro podría acariciarlo.
Si yo tuviera un hijo le enseñaría mi retrato
o le diría un cuento
que no dijera nada pero que fuera largo.
Yo ya no quiero, no, yo ya no quiero
seguir todas las noches vigilando
cuándo voy a dormirme, cuándo.

Yo lo que quiero es que pase algo,
que me muera de veras
o que de veras esté fastidiado,
o cuando menos que se caiga el techo
de mi casa un rato.

La jaula que me cuente sus amores con el canario.
La pobre luna, a la que todavía le cantan los gitanos,
y la dulce luna de mi armario,
que me digan algo,
que me hablen en metáforas, como dicen que hablan,
este vino es amargo,
bajo la lengua tengo un escarabajo.

¡Qué bueno que se quedara mi cuarto
toda la noche, solo,
hecho un tonto, mirando!

TÍA CHOFI

Amanecí triste el día de tu muerte, tía Chofi,
pero esa tarde me fui al cine e hice el amor.
Yo no sabía que a cien leguas de aquí estabas muerta
con tus setenta años de virgen definitiva,
tendida sobre un catre, estúpidamente muerta.
Hiciste bien en morirte, tía Chofi,
porque no hacías nada, porque nadie te hacía caso,
porque desde que murió abuelita, a quien te consagraste,
ya no tenías qué hacer y a leguas se miraba
que querías morirte y te aguantabas.
¡Hiciste bien!
Yo no quiero elogiarte como acostumbran los
arrepentidos
porque te quise a tu hora, en el lugar preciso,
y harto sé lo que fuiste, tan corriente, tan simple,
pero me he puesto a llorar como una niña porque te
moriste.
¡Te siento tan desamparada,
tan sola, sin nadie que te ayude a pasar la esquina,
sin quién te dé un pan!
Me aflige pensar que estás bajo la tierra
tan fría de Berriozábal,

sola, sola, terriblemente sola,
como para morirse llorando.
Ya sé que es tonto eso, que estás muerta,
que más vale callar,
¿pero qué quieres que haga
si me conmueves más que el presentimiento de tu
muerte?

Ah, jorobada, tía Chofi,
me gustaría que cantaras
o que contaras el cuento de tus enamorados.
Los campesinos que te enterraron sólo tenían
tragos y cigarros,
y yo no tengo más.
Ha de haberse hecho el cielo ahora con tu muerte,
y un Dios justo y benigno ha de haberte escogido.
Nunca ha sido tan real eso en lo que creíste.
Tan miserable fuiste que te pasaste dando tu vida
a todos. Pedías para dar, desvalida.
Y no tenías el gesto agrio de las solteronas
porque tu virginidad fue como una preñez de muchos
hijos.
En el medio justo de dos o tres ideas que llenaron tu
vida
te repetías incansablemente
y eras la misma cosa siempre.
Fácil, como las flores del campo
con que las vecinas regaron tu ataúd,
nunca has estado tan bien como en ese abandono de la
muerte.

Sofía, virgen, antigua, consagrada,
debieron enterrarte de blanco
en tus nupcias definitivas.
Tú que no conociste caricia de hombre
y que dejaste llegar a tu rostro arrugas antes que besos,
tú, casta, limpia, sellada,
debiste llevar azahares tu último día.
Exijo que los ángeles te tomen
y te conduzcan a la morada de los limpios.
Sofía virgen, vaso transparente, cáliz,
que la muerte recoja tu cabeza blandamente
y que cierre tus ojos con cuidados de madre
mientras entona cantos interminables.
Vas a ser olvidada de todos
como los lirios del campo,
como las estrellas solitarias;
pero en las mañanas, en la respiración del buey,
en el temblor de las plantas,
en la mansedumbre de los arroyos,
en la nostalgia de las ciudades,
serás como la niebla intocable, hálito de Dios que
despierta.

Sofía virgen, desposada en un cementerio de provincia,

con una cruz pequeña sobre tu tierra,
estás bien allí, bajo los pájaros del monte,
y bajo la yerba, que te hace una cortina para mirar al
mundo.

CARA II
18'40"

DESPUÉS DE TODO...

Después de todo, pero después de todo,
sólo se trata de acostarnos juntos,
se trata de la carne,
de los cuerpos desnudos,
lámpara de la muerte en el mundo.

Gloria degollada, sobreviviente
del tiempo sordomudo,
mezquina paga de los que mueren juntos.

A la miseria del placer, eternidad,
condenaste la búsqueda. Al injusto
fracaso encadenaste sed,
clavaste el corazón a un muro.
Se trata de mi cuerpo al que bendigo,
contra el que lucho,
el que ha de darme todo
en un silencio robusto,
y el que se muere y mata a menudo.

Soledad, márcame con tu pie desnudo,
aprieta mi corazón como las uvas
y lléname la boca con su licor maduro.

DE ADÁN Y EVA [FRAGMENTO IV]

Ayer estuve observando a los animales y me puse a
pensar en ti. Las hembras son más tersas, más suaves
y más dañinas. Antes de entregarse maltratan al macho,
o huyen, se defienden. ¿Por qué? Te he visto a ti también
como las palomas, enardeciéndote cuando yo estoy
tranquilo. ¿Es que tu sangre y la mía se encienden a
diferentes horas?

Ahora que estás dormida debías responderme. Tu respiración
es tranquila y tienes el rostro desatado y los
labios abiertos. Podrías decirlo todo sin aflicción, sin risas.

¿Es que somos distintos? ¿No te hicieron, pues, de
mi costado, no me dueles?

Cuando estoy en ti, cuando me hago pequeño y me
abrazas y me envuelves y te cierras como la flor con el
insecto, sé algo, sabemos algo. La hembra es siempre
más grande, de algún modo.

Nosotros nos salvamos de la muerte. ¿Por qué? Todas
las noches nos salvamos. Quedamos juntos, en nuestros
brazos, y yo empiezo a crecer como el día.

Algo he de andar buscando en ti, algo mío que tú
eres y que no has de darme nunca.

¿Por qué nos separaron? Me haces falta para andar,
para ver, como un tercer ojo, como otro pie que sólo
yo sé que tuve.

ADÁN Y EVA [FRAGMENTO VII]

—¿Qué es el canto de los pájaros, Adán?

—Son los pájaros mismos que se hacen aire. Cantar es derramarse
en gotas de aire, en hilos de aire, temblar.

—Entonces los pájaros están maduros y se les cae la garganta
en hojas, y sus hojas son suaves, penetrantes, a veces rápidas.
¿Por qué? ¿Por qué no estoy madura yo?

—Cuando estés madura te vas a desprender de ti misma, y lo que
seas de fruta se alegrará, y lo que seas de rama quedará
temblando. Entonces lo sabrás. El sol no te ha penetrado como al
día, estás amaneciendo.

—Yo quiero cantar. Tengo un aire apretado, un aire de pájaro
y de mí. Yo voy a cantar.

—Tú estás cantando siempre sin darte cuenta. Eres igual que
el agua. Tampoco las piedras se dan cuenta, y su cal silenciosa,
se reúne y canta silenciosamente.

DIARIO SEMANARIO [FRAGMENTOS]

Te quiero a las diez de la mañana, y a las once, y a las
doce del día. Te quiero con toda mi alma y con todo
mi cuerpo, a veces, en las tardes de lluvia. Pero a las
dos de la tarde, o a las tres, cuando me pongo a pensar
en nosotros dos, y tú piensas en la comida o en el trabajo
diario, o en las diversiones que no tienes, me pongo
a odiarte sordamente, con la mitad del odio que guardo
para mí.

Luego vuelvo a quererte, cuando nos acostamos y siento
que estás hecha para mí, que de algún modo me lo
dicen tu rodilla y tu vientre, que mis manos me convencen
de ello, y que no hay otro lugar en donde yo
me venga, a donde yo vaya, mejor que tu cuerpo. Tú
vienes toda entera a mi encuentro, y los dos desaparecemos
un instante, nos metemos en la boca de Dios,
hasta que yo te digo que tengo hambre o sueño.

Todos los días te quiero y te odio irremediamente. Y
hay días también, hay horas, en que no te conozco, en
que me eres ajena como la mujer de otro. Me preocupan
los hombres, me preocupo yo, me distraen mis penas.
Es probable que no piense en ti durante mucho tiempo.
Ya ves. ¿Quién podría quererte menos que yo, amor mío?

A medianoche, a punto de terminar agosto, pienso con

tristeza en las hojas que caen de los calendarios incesantemente.
Me siento el árbol de los calendarios.

Cada día, hijo mío, que se va para siempre, me deja preguntándome: si es huérfano el que pierde un padre, si es viudo el que ha perdido la esposa, ¿cómo se llama el que pierde un hijo?, ¿cómo, el que pierde el tiempo? Y si yo mismo soy el tiempo, ¿cómo he de llamarme, si me pierdo a mí mismo?

El día y la noche, no el lunes ni el martes, ni agosto ni septiembre; el día y la noche son la única medida de nuestra duración. Existir es durar, abrir los ojos y cerrarlos.

A estas horas, todas las noches, para siempre, yo soy el que ha perdido el día. (Aunque sienta que, igual que sube la fruta por las ramas del durazno, está subiendo, en el corazón de estas horas, el amanecer.)

. . .

Dentro de poco vas a ofrecer estas páginas a los desconocidos como si extendieras en la mano un manojo de yerbas que tú cortaste.

Ufano y acongojado de tu proeza, regresarás a echarte al rincón preferido.

Dices que eres poeta porque no tienes el pudor necesario del silencio.

¡Bien te vaya, ladrón, con lo que le robas a tu dolor y a tus amores! ¡A ver qué imagen haces de ti mismo con los pedazos que recoges de tu sombra!

. . .

Con la flor del domingo ensartada en el pelo, pasean en la alameda antigua. La ropa limpia, el baño reciente, peinadas y planchadas, caminan, por entre los niños y los globos, y charlan y hacen amistades, y hasta escuchan la música que en el kiosco de la Alameda de Santa María reúne a los sobrevivientes de la semana.

Las gatitas, las criadas, las muchachas de la servidumbre contemporánea, se conforman con esto. En tanto llegan a la prostitución, o regresan al seno de la familia miserable, ellas tienen el descanso del domingo, la posibilidad de un noviazgo, la ocasión del sueño. Bastan dos o tres horas de este paseo en blanco para olvidar las fatigas, y para enfrentarse risueñamente a la amenaza de los platos sucios, de la ropa pendiente y de los mandados que no acaban.

Al lado de los viejos, que andan en busca de su memoria, y de las señoras pensando en el próximo embarazo,

ellas disfrutan su libertad provisional y poseen el mundo, orgullosas de sus zapatos, de su vestido bonito, y de su cabellera que brilla más que otras veces.

(¡Danos, Señor, la fe en el domingo, la confianza en las grasas para el pelo, y la limpieza de alma necesaria para mirar con alegría los días que vienen!)

ALGO SOBRE LA MUERTE DEL MAYOR SABINES

[PARTE FINAL]

I

Mientras los niños crecen, tú, con todos los muertos, poco a poco te acabas.
Yo te he ido mirando a través de las noches por encima del mármol, en tu pequeña casa.
Un día ya sin ojos, sin nariz, sin orejas, otro día sin garganta,
la piel sobre tu frente agrietándose, hundiéndose, tronchando obscuramente el trigal de tus canas.
Todo tú sumergido en humedad y gases haciendo tus desechos, tu desorden, tu alma, cada vez más igual tu carne que tu traje, más madera tus huesos y más huesos las tablas.
Tierra mojada donde había tu boca, aire podrido, luz aniquilada,
el silencio tendido a todo tu tamaño germinando burbujas bajo las hojas de agua.
(Flores dominicales a dos metros arriba te quieren pasar besos y no te pasan nada.)

II

Mientras los niños crecen y las horas nos hablan, tú, subterráneamente, lentamente, te apagas.
Lumbre enterrada y sola, pabito de la sombra, veta de horror para el que te escarba.

¡Es tan fácil decirte "padre mío"
y es tan difícil encontrarte, larva de Dios, semilla de esperanza!

Quiero llorar a veces, y no quiero llorar porque me pasas como un derrumbe, porque pasas como un viento tremendo, como un escalofrío debajo de las sábanas, como un gusano lento a lo largo del alma.
¡Si sólo se pudiera decir: "Papá, cebolla, polvo, cansancio, nada, nada, nada"!
¡Si con un trago te tragara!
¡Si con este dolor te apuñalara!
¡Si con este desvelo de memorias —herida abierta, vómito de sangre— te agarrara la cara!

Yo sé que tú ni yo,
ni un par de valvas,
ni un becerro de cobre, ni unas alas
sosteniendo la muerte, ni la espuma
en que naufraga el mar, ni —no— las playas,
la arena, la sumisa piedra con viento y agua,
ni el árbol que es abuelo de su sombra,
ni nuestro sol, hijastro de sus ramas,
ni la fruta madura, incandescente,
ni la raíz de perlas y de escamas,
ni tu tío, ni tu chozno, ni tu hipo,
ni mi locura, y ni tus espaldas,
sabrán del tiempo obscuro que nos corre
desde las venas tibias a las canas.

(Tiempo vacío, ampolla de vinagre,
caracol recordando la resaca.)

He aquí que todo viene, todo pasa,
todo, todo se acaba.
¿Pero tú? ¿pero yo? ¿pero nosotros?
¿para qué levantamos la palabra?
¿de qué sirvió el amor?
¿cuál era la muralla
que detenía la muerte? ¿dónde estaba
el niño negro de tu guarda?
Ángeles degollados puse al pie de tu caja,
y te eché encima tierra, piedras, lágrimas,
para que ya no salgas, para que no salgas.

III

Sigue el mundo su paso, rueda el tiempo
y van y vienen máscaras.
Amanece el dolor un día tras otro,
nos rodeamos de amigos y fantasmas,
parece a veces que un alambre estira
la sangre, que una flor estalla,
que el corazón da frutas, y el cansancio
canta.

Embrocados, bebiendo en la mujer y el trago,
apostando a crecer como las plantas,
fijos, inmóviles, girando
en la invisible llama.

Y mientras tú, el fuerte, el generoso,
el limpio de mentiras y de infamias,
guerrero de la paz, juez de victorias
—cedro del Líbano, robledal de Chiapas—,
te ocultas en la tierra, te remontas
a tu raíz oscura y desolada.

IV

Un año o dos o tres,
te da lo mismo.
¿Cuál reloj en la muerte?, ¿qué campana
incesante, silenciosa, llama y llama?
¿qué subterránea voz no pronunciada?
¿qué grito hundido, hundiéndose, infinito
de los dientes atrás, en la garganta
aérea, flotante, pare escamas?

¿Para esto vivir?, ¿para sentir prestados
los brazos y las piernas y la cara,
arrendados al hoyo, entretenidos
los jugos en la cáscara?
¿para exprimir los ojos noche a noche
en el temblor obscuro de la cama,
remolino de quietas transparencias,
descendimiento de la náusea?

¿Para esto morir?
¿para inventar el alma,
el vestido de Dios, la eternidad, el agua
del aguacero de la muerte, la esperanza?
¿morir para pescar?
¿para atrapar con su red a la araña?

Estás sobre la playa de algodones
y tu marea de sombras sube y baja.

V

Mi madre sola, en su vejez hundida,
sin dolor y sin lástima,
herida de tu muerte y de tu vida.

Esto dejaste. Su pasión enhiesta,
su celo firme, su labor sombría.
Árbol frutal a un paso de la leña,
su curvo sueño que te resucita.
Esto dejaste. Esto dejaste y no querías.

Pasó el viento. Quedaron de la casa
el pozo abierto y la raíz en ruinas.
Y es en vano llorar. Y si golpeas
las paredes de Dios, y si te arrancas
el pelo o la camisa,
nadie te oye jamás, nadie te mira.
No vuelve nadie, nada. No retorna
el polvo de oro de la vida.

Este disco fue editado por acuerdo del Consejo
Consultivo de VOZ VIVA DE MÉXICO, integrado por:

DR. ROBERTO L. MANTILLA MOLINA, Presidente

PROF. MAX AUB, Secretario

PROF. ANTONIO ALATORRE, Vocal

SRA. ROSARIO CASTELLANOS, Vocal

DR. MARIO DE LA CUEVA, Vocal

SR. ALÍ CHUMACERO, Vocal

LIC. JAIME GARCÍA TERRÉS, Vocal

LIC. ANTONIO GÓMEZ ROBLEDO, Vocal

PROF. LUIS VILLORO, Vocal

IMPRESO EN MÉXICO. IMPRENTA MADERO, S. A.

Diseños de VICENTE ROJO